



Victoria Ocampo

Carta a Waldo Frank

Una tarde, hacia octubre de 1929, caminábamos juntos por Palermo. Había en el aire pesadez de tormenta y el olor de las rosas y de la tierra era compacto como niebla; pero atravesábamos sin sentirla esa dulzura. Usted me reprochaba con violencia mi inactividad, y yo le reprochaba, no menos violentamente, que me supusiera usted apta para ciertas labores. Entonces, por primera vez, el nombre de esta revista -que no tenía nombre- fue pronunciado.

Existe la angustia de los que esperan, en plena actividad, que una tregua, que una forzada interrupción los lleve al reposo. Existe la angustia de los que, en plena inactividad, esperan que una tarea, que un deber les sea impuesto por las circunstancias. Tal vez había usted, generoso amigo, leído en mi semblante esta última

————— 8 —————

angustia, tal vez decidió así ser la circunstancia.

Nunca se me hubiera ocurrido por sí sola la idea de fundar una revista. Y creo que sin esa constante insistencia suya, capaz de sacudir mis dudas, no habría siquiera consentido en reflexionar al respecto.

Bien sabe usted que no se trataba de falsa modestia. Se trataba simplemente de una disciplina adquirida a golpes de experiencia y que no me permite creerme en condiciones de llevar a cabo algo que no haya intentado nunca.

Usted me acusaba de ser tímida. Es cierto, mi timidez llega hasta el sufrimiento. Pero es una timidez combatida que a veces lo echa a perder

todo y que sin embargo no impide nada. Quiero decir que no consigo privarme de mis medios cuando se trata de hacer algo que creo poder realizar a mi manera.

Si me hubiera usted pedido una lectura de poemas en público; si me hubiera pedido que decorara interiores (lo que significa para mí limpiarlos de decorados) o que le escribiera lo que pienso de uno de sus libros, mi timidez no habría contado para nada. Pero quería usted verme al frente de una revista, lo que ya es harina

————— 9 —————

de otro costal. Y esta vez la razón y la experiencia sostenían mi timidez.

Durante la última semana de su estadía en Buenos Aires, el tema de la revista volvió constantemente a nuestras conversaciones. Sus argumentos tenían el aspecto de una ofensiva, y los míos el de una de esas resistencias pasivas que acaban con la tenacidad inglesa en la India.

Llegó el día de su partida. Todavía no me había inclinado usted hacia ninguna decisión definitiva. Pero me había llenado, en cambio, de inquietudes, de escrúpulos, de proyectos. Esto era el alba de su triunfo. Le prometí ir a continuar el debate en Nueva York.

Después de su partida, quedé en las condiciones de un enfermo cuyos síntomas son todavía vagos y a quien el médico abandona en el período preciso de la incubación.

La idea de la revista era para mí, al embarcarme hacia Europa, como esos dolores neurálgicos que no se

————— 10 —————

localizan y que uno siente a veces en la espalda, a veces en el codo o en los dedos.

Las gentes -siempre más enteradas que nosotros de los accidentes de nuestra vida- me interrogaban: «¿De modo que va a fundar una revista?». Y yo los miraba azorada como si hubieran entrado en mi cuarto sin llamar a la puerta. Me chocaba el comentario en alta voz de algo que tenía, para mí, el color y la forma del secreto.

Ya en París, vi que el proyecto de revista me había precedido. Advertí el fantástico y absurdo aspecto que adquirió al pasar por las ajenas ese propósito inarticulado por mi boca. Entonces comprendí que tan grosera caricatura no cedería ante mis explicaciones o rectificaciones, sino ante la revista misma.

Digo caricatura grosera al recordar que se me preguntó, con la mayor seriedad del mundo, si mi revista se proponía volverle la espalda a Europa. ¡Sencillamente porque declaré que su fin principal consistiría en estudiar

————— 11 —————

los problemas que nos conciernen, de un modo vital, a los americanos!
¡Volver la espalda a Europa! ¿Siente el ridículo infinito de esa frase?
Claro está que nos vemos irremisiblemente obligados, en el sentido físico
como en el intelectual, a dar la espalda a alguna cosa si queremos volver
la cara hacia otra. Pero eso no implica forzosamente que nos demos vuelta
en sentido figurado.

Cuando me acuesto para dormir me acuesto boca abajo y vuelvo la espalda al
cielo. Cuando sólo descanso me extiendo de espaldas y las vuelvo a la
tierra. Dios sabe, sin embargo, hasta qué punto adoro su cielo y su
tierra.

Afortunadamente olvidé, riéndome con algunos amigos, el disgusto provocado
por esas falsas interpretaciones. Me acuerdo de ciertas comidas, en París.
Ramón pronunciaba discursos disparatados acerca de las dificultades que
acechan al desgraciado director de una revista como la que yo me proponía
hacer. ¿Cómo imponer, efectivamente, armonía entre gentes que se detestan?
Y en eso están todas las repúblicas americanas, que se quieren como perro
y gato.

————— 12 —————

Drieu decía: «Frank y Victoria son capaces de pasar a través de todo eso
sin inmutarse: son dos inocentes».

Honni soit qui mal y pense.

Drieu quería decir que somos americanos, Waldo, y que en nosotros la
inocencia es todavía auténtica. Que puede, por consiguiente, hacer
milagros.

Yo pensaba que si América es joven, el mundo no lo es y que nuestro
continente se parece a esos niños cuya infancia se marchita de vivir
siempre entre adultos. América no cree ya en los cuentos de hadas, pero
lleva en sí la eterna necesidad que los hizo nacer. Como necesita creer en
ellos acabará por inventarlos de nuevo. Y ése será su milagro.

Quise regresar a Buenos Aires Vía all América. ¿Se acuerda de mi llegada a
Nueva York? ¿Se acuerda de su decepción al constatar que ante los
rascacielos y los jazz parecía yo olvidada de la revista?

Una noche que comíamos en un Child's me dio

————— 13 —————

usted un sermón. Su largo discurso terminaba así: «Pero si la revista le
interesa tan superficialmente que cualquier cosa la distrae de ella,
abandone su proyecto».

Usted vio que los ojos se me llenaron de lágrimas (lágrimas que cayeron en
las alverjas de mi plato). Yo estaba fastidiada y conmovida a la vez.

Fastidiada por mi propio enternecimiento y conmovida por su amistosa
rudeza.

Tenía usted razón. Es decir, habría tenido razón si los resultados hubieran sido los que lógicamente tenía el derecho de prever. Esa misma noche, sin embargo, una vez disipado su resentimiento, me confesó usted que comprendía perfectamente mi avidez de Nueva York y el olvido del resto. ¡Quién mejor que usted para comprenderlo! Al embarcarme en Brooklyn estábamos los dos seguros de que la revista se haría. Usted, Waldo, me ha impuesto esa tarea. Finalmente vencida, la he aceptado de usted como un don precioso.

He creído poderla aceptar debido a los amigos que están en mi torno y en quienes tengo confianza. Gracias a su ayuda todo se hace posible. Esta revista no será mi revista sino porque es la revista de ellos y la revista de usted. Ella será el lugar constante de nuestro encuentro. No sé, a la hora en que escribo, si conoce ya su nombre. Fue escogido por teléfono, a través del Océano. Por lo visto todo el Atlántico se necesitaba para este bautismo... Teníamos varios nombres en la cabeza, pero no lográbamos ponernos de acuerdo. Entonces llamé por teléfono a Ortega, en España. Esas gentes tienen costumbre de bautizarnos... Así, Ortega no vaciló y, entre los nombres enumerados, sintió enseguida una preferencia: Sur me gritaba desde Madrid.

Volví con ese nombre de mi pesca telefónica y lo clavamos con una flecha en la tapa de la revista. Ahora la revista está en prensa. ¿Qué será Sur? ¿Recuerda usted su carta a Copeau y Gallimard que sirve de prefacio a Nuestra América? Comienza así: «Este libro es vuestro en un sentido exacto. Os diré porqué. Vinisteis a América y nos hicimos amigos. Estabais llenos de la voluntad de comprender y me requeristeis con preguntas acerca de mi país. Yo estaba lleno del deseo de compartirlo con vosotros. De un modo extraño estaba enamorado de él. Y os digo que estaba enamorado de un modo extraño porque las cualidades que yo amo en América estaban ocultas. Todo lo que ella grita al exterior, con voz estridente, son cosas que detesto. América no era un sabroso fruto maduro para ser ofrecido al paladar de mis amigos. América era un oculto tesoro...».

No tengo que cambiar en eso una sola palabra. Eso es lo que quisiera decirle; eso y lo que sigue:

«América era un oculto tesoro y para conquistarlo teníamos que derribar muchas jactancias, atravesar los pantanos de muchas mentiras, destruir muchos mitos, muchas simplezas, de modo que no tardé en descubrir que vosotros y yo explorábamos juntos. Nuestras conversaciones se ensanchaban y se profundizaban. Nuestras palabras no eran la mera lectura en voz alta de páginas escritas. Eran un viaje de descubrimiento. Vosotros que veníais de Francia y yo, americano, descubríamos juntos América».

Waldo, en un sentido exacto, esta revista es su revista y la de todos los que me rodean y me rodearán en lo venidero. De los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos. Las cualidades de su América, Waldo, son secretas como las

————— 17 —————

cualidades de la mía. Lo que su América grita con voz estridente no es tal vez exactamente lo que grita la mía, pero nuestro odio va hacia ello por las mismas causas.

Su América y la mía -escribamos para simplificar «nuestra América» ya que el tesoro escondido que buscamos en ella es el mismo o equivalente-, nuestra América es un país por descubrir y nada nos incita más al descubrimiento, nada nos pone más seguramente en el rastro de nuestra verdad como la presencia, el interés y la curiosidad, las reacciones de nuestros amigos de Europa. Su carta a Copeau y Gallimard es, en ese sentido, el ejemplo más patente.

Ha querido usted explicar a sus amigos por qué es América un gigante inquieto pero todavía sin palabras, y ha escrito un libro.

Sur testimonia mi admiración por esa obra, mi absoluta adhesión a lo que la inspiró. Seguiré en cuanto a su orientación un camino paralelo.

Cada uno, según las fuerzas respectivas, nos pondremos a la búsqueda de América, de esa América del oculto tesoro.

————— 18 —————

«El hombre tiende a negar lo que no sabe afirmar», declara secamente un gran francés.

Lo que desde ya sabemos afirmar de América es que estamos enamorados extrañamente de ella. Y ese amor, como todo gran amor, es una prueba.

Prueba que arroja sobre nuestras incapacidades e imperfecciones una luz resplandeciente y cruel.

Este amor se dirige a lo que está más allá de nosotros y parte de lo que está más allá de nosotros. Tener conciencia de ello, sufrir por ello es saludable.

Así está usted, así estamos nosotros enamorados de América.

Sur [Publicaciones periódicas]. Verano 1931, Año I, Buenos Aires

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

